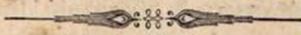


# PARTE CRITICA.



## INDULTO GENERAL.

---

Era la mañana del 19. Mi paternidad dormía con un sueño tan reverendo, que cualquiera hubiera dicho que en España se dormía con garantías. Dormía, en fin, como un ministro que el día antes hubiera estado en el Pardo fusilando ó persiguiendo jabalíes, que ojalá fueran las únicas persecuciones y fusilamientos de que tuviéramos noticia, cuando entró TIRABEQUE, mas temprano que de costumbre, y me despertó diciéndome todo azorado: «Señor, vd. duerme mientras el cañon retumba! ¡Hace un rato que estoy oyendo cañonazos, señor! ¡Si se habrá venido acá el *Sr. Brindis-Grandis* á cañonearnos ó bombardearnos, ó habrá caído aquí alguno en la tentacion de imitar su ejemplo? Escuche vd., señor.»

Púseme á escuchar, y oí en efecto el estampido del cañon. Confieso que al pronto, no bien despierto, me sobrecogí un poco, me incorporé, y maquinalmente me quité el gorro de dormir, dejando desguarnecido todo el glacis de mi ciudadela; hasta que un tanto repuesto, «simple de tí y tonto de mí» le dije á mi lego: ¿pues no sabes que hoy son los días de nuestra augusta Reina, y que esos cañonazos son las salvas con que se anuncia tan fausto dia?

—Tiene vd. razon, mi amo, exclamó TIRABEQUE dándose una palmada; y perdone vd. la impertinencia, y el haberle despertado y aun asustado sin necesidad. Permítame vd. que le vuelva á poner el gorro, y duerma otro sueñecito si el cuerpo se lo pide, que por lo que hace á los cañonazos, lejos de darnos susto, debemos tomarlos por anuncios de alguna cosa buena.

que siempre los monarcas y los gobiernos suelen en tales dias hacer para solemnizarlos algo que redunde en consuelo y alegría de los pueblos.

—Así es de esperar, PELEGRIN: y por ahora déjame dormir otro ratito, que tiempo hemos de tener de celebrar lo que venga, que sí vendrá, confianza en Dios, y él te guarde hasta luego.»

Salió TIRABEQUE, yo di media vuelta, y aunque me pareció que nó, debí quedarme dormido, porque en aquel rato, en celebridad de los dias de la Reina, se rebajaron notablemente los impuestos y gabelas, se suprimieron una infinidad de empleos y gastos supérfluos, se arregló la administracion, se pagó á todo el mundo al dia, se acabó la guerra de Cataluña, se concedió una amnistía general, se restablecieron, ó por mejor decir, se establecieron las garantías individuales, y sucedieron una porcion de cosas que solo pudieron pasar en sueños, por lo cual me convencí de que me habia dormido. Cuanto más que entró otra vez TIRABEQUE, y á grandes voces me despertó de nuevo diciendo: «Señor, duerme vd. todavía, y la *Gaceta* en casa con aquellas novedades que esperábamos! ¡Por mi ánima que esta vez no dirá vd. que vengo á anunciarle malas nuevas!

—¿Pues qué hay? le pregunté.

—Señor, en primer lugar viene la convocatoria á córtes para el 15 de diciembre, refrendada por San Luis, que usted sabrá quién es este nuevo santo de la córte celestial del ministerio; que cualquiera que él sea deberá ser algun ministro que se ha vuelto santo, y luego dirá la gente inreligiosa que se acabó el tiempo de los milagros patentes.

—Ah, sí; el conde de San Luis, *ci-devant*, como dicen los franceses, don Luis José Sartorius, que ha logrado santificar su nombre, y Padre nuestro que estás en los cielos!!! Y en cuanto á la convocatoria á córtes, cosa es que no me sorprende, puesto que ya la habia anunciado yo dias pasados, aunque no de oficio. Y á juzgar por los nueve meses que llevan de estado interesante, pues recordarás que se cerraron en marzo y se abren en diciembre, debemos suponer que el parto vendrá derecho.

—Es que no es esto solo, mi amo, que hay otra cosa que le ha de regocijar á vd. mas todavía.

—Dí, hombre, dí, y regocijame pronto, que las buenas nuevas son el mejor desayuno que pudieras darme.

—Señor, hasta ahora no he leído mas que: «Concedo indulto general:» y así que lo leí me vine corriendo á avisárselo á vd.

—Buen principio es ese, PELEGRIN: y ahora haz el favor de leerme lo que siga.

Continuó, pues, TIRABEQUE leyendo: «Concedo indulto general á todos los reos de causas fenecidas ó pendientes, cuyos delitos no hayan merecido ó merezcan mayor pena que la de un año de presidio, arresto, prision ó confinamiento «por delitos comunes, y dos por causas políticas.»

—Señor, prosiguió PELEGRIN, no dirá vd. que esto no es bueno, y aun excelente con *x*: y sobre todo, lo que mas me alegra y me parece mas conforme á justicia, es que á los condenados por delitos políticos se les indulte por doble pena que á los condenados por delitos que llaman comunes, que yo no sé por qué han de seguir llamando todavía *delitos comunes* al robo y al asesinato, etc., siendo así que los *comunes* ahora son los delitos políticos, y los otros son los extraordinarios. Pero finalmente, lo que importa es que venga el indulto general por los delitos políticos, y llámenlos como quieran: y en celebridad de ello le voy á hacer á vd. el chocolate con leche, y ademas unos buñuelitos que se va á chupar vd. los dedos.

—Paréceme, PELEGRIN, le dije, que te alegras un poco prematuramente. Dame esa Gaceta.... alárgame las antiparras.... ahí han de estar en la bata, en el bolsillo de la derecha....»

—Púseme entonces, yo FR. G. RUNDIO, á leer el Real Decreto de *indulto general*, y sin salir del Art. 1.º, «antójaseme, PELEGRIN, le dije, que habré de tomar el chocolate con el pan nuestro de cada día, y sin leche.

—¿Cómo es eso, señor? Pues qué, porque seamos religiosos ¿no hemos de celebrar con algo extraordinario un indulto que comprende á tantos infelices?

—¿A cuántos te parece á ti que comprenderá? Fijémosnos, PELEGRIN, en los penados por lo que se llama delitos políticos. Deduce primeramente del indulto á los que han sido sentenciados á mas de dos años de presidio ó confinamiento. Rebaja en seguida á los confinados, desterrados y presos por tiempo indefinido. Descuéntame luego á los que han sido presos ó deportados por medida gubernativa, sin forma de proceso, y de consiguiente sin pruebas legales y sin prévia sentencia de tribunal alguno.»

—Quedóse TIRABEQUE un rato suspenso; bajó los ojos, ar-  
rugó el semblante, llevóse la uña del pulgar á la boca, y lue-

go dijo: «pues señor, este indulto es como los relojes con que se engaña á los niños, que no tienen mas que una esfera pintada; ó por mejor decir, seméjase, salva sea la comparacion, al cuento de la zorra.

—Siempre te ha de ocurrir á tí alguna vulgaridad. ¿Y cuál es el cuento de la zorra? que si alguna vez me le has contado, no me acuerdo de él en este momento.

—Este era un cazador muy ponderativo, lo cual no es cosa estraña en los cazadores. Pues señor, este tál contaba que en una ocasion habia cazado una zorra con una cola tan larga, que lo menos lo menos tenia cinco varas de cola. Miráronse y se sonrieron los que le escuchaban, y un prógimo que estaba á su lado le tiró del levita como para indicarle que rebajára cola, porque no le creian. —Cinco varas puede que no tuviera, dijo entonces el cazador, pero de tres no bajaba. —Volvió á tirarle el prógimo del levita, y dijo el cazador: «tres varas acaso no tendria, pero de mas de dos sí era.» —Reíanse los otros, y como el vecino tornára á tirarle del levita, —«las dos varas de cola, repuso el cazador, acaso no serian cumplidas, pero de vara y cuarta yo aseguro que pasaba.» —Y como se sintiera tirar todavía del levita, volvióse al vecino y le dijo: «pero hombre, ¿quiere vd. que diga que era rabona? pues prefiero decir que semejante zorra no ha existido.»

Y esto mismo veo que se puede decir del indulto, mi amo: porque tanta cola hay que rebajar del indulto, y tan rabon se va quedando, que casi hubiera sido mejor que no le dieran, pues que con solo rebajar los que han sido penados sin formación de causa, ya tiene vd. reducido el indulto al estado de la zorra aquella, que resultó que no tenia ni la cola ordinaria: en lo cual confieso á vd. que no habia caído yo al leerlo.

—Pues no pára en eso, PELEGRIN, sino que seguidamente vienen las escepciones. Por la primera quedan esceptuados del indulto los que ya hubieren sufrido otra condena *por cualquier género de delitos*. De manera que el que hace veinte años (pues el artículo no distingue de fechas) hubiese sufrido una condena por una riña insignificante, aunque su delito de ahora sea político, ya no le alcanza el indulto. Y el que en cualquier tiempo hubiera sido penado por un delito político (¿y quién hay que no lo haya sido en una época ó en otra?), tambien queda esceptuado del indulto, sea el que quiera su delito actual. Que es lo que se llama atar los cabos de modo que nadie se escape.

Quedan esceptuados por la segunda los reincidentes, *aunque no hubieren llegado á ser encausados*. Y aqui, TIRABEQUE mio, veo yo el talento raposero del ministro de Gracia y Justicia que inspiró y dictó este decreto; puesto que esta sola es-cepcion, por si las obras no bastaban, sobra para reducir el indulto al estado de la zorra de tu cuento. Porque quien haya de aplicarle podrá ir diciendo á cada uno: «hermano, vd. está esceptuado del indulto, porque vd. es *reincidente*.—Reincidente yo! ¿y cuándo he reincidido?—Si señor, vd. es *reincidente*, porque ya el año 40, ó el 38, ó el 35, cometió vd. el mismo delito político que ahora.—¡Cómo qué! eso es una calumnia: que se me pruebe.—No se acalore vd., hermano, que esto no necesita de prueba legal: el Real Decreto dice: «los reincidentes, aunque no hubieren llegado á ser encausados.» Y asi, aunque vd. no haya sido encausado es vd. un *reincidente*.—¿Y quién está facultado para calificarme á mí de reincidente?—Yo; porque el Real Decreto no lo dice, y por lo tanto debo ser yo. Vd. es un *reincidente*, aunque no haya sido nunca encausado, y de consiguiente no le alcanzan á vd. los beneficios del indulto.—Pues eso es una raposería.

—Y estaria perfectamente dicho, mi amo, exclamó PELEGRIN. Y si cuando yo lei: «Concedo indulto general,» hubiera reparado que el indulto era cosa del ministro de Gracia y Justicia, debí ya esperar alguna raposería que le dejara reducido á la expresion mas aduiniécula y mínima, y que habia de parecerse mucho al cuento de la zorra, en el hecho de proceder del hermano Arrazola; lo cual me trae á la memoria cierta charada que salió en un periódico que llamaban l'r. GERUNDIO el año 40 (1).

(1) La charada á que se refiere TIRABEQUE fué esta:

Mi primera con segunda,  
 O segunda con primera,  
 (Que me es igual que al derecho,  
 O bien al revés se lea)  
 La dan los que á la coyunda  
 De himeneo se sujetan.  
 Cuarta y prima, ó prima y cuarta,  
 Cualquiera que el orden sea,  
 Si en plural á los carlistas  
 Mi todo y otros no dieran,  
 Ni ya existiera Cañete,  
 Ni existiera ya Beteta,

—Pues hasta ahora, PELEGRIN, solo hemos considerado el indulto por el lado de su estension, en cuyo concepto resulta que casi no comprende á nadie, y puede hacerse fácilmente que no comprenda á nadie, señaladamente en política. Fáltanos considerarle por el lado de la justicia comparativa. Y dime tú, aunque seas un lego, si te parece justo que los penados políticos, que lo están por un plazo indefinido, y por consecuencia no se sabe si será por medio año, ó por uno, ó por doce; que lo están sin formación de causa, ó porque así le convino al gobierno, ó por precipitación, ó por falta de pruebas legales, ó por otro motivo cualquiera, pero que en un juicio contradictorio hubieran acaso resultado inocentes; dime tú si estos tales merecen y deben ser de peor condicion que aquellos cuyo delito ha sido materia de un proceso, que han sido declarados culpables por un tribunal y condenados en virtud de pruebas que contra ellos existiesen á uno ó dos años de presidio, ó de cárcel ó de confinamiento.

—Señor, lego soy, pero esa diferencia es tan clara, que la encontraría, no digo yo un lego, sino el mismo moro Machamet, que está divirtiéndose á la gente en el circo de Paul con sus saltos y sus volteretas salvages.

—Pues bien, los últimos, que han sido legal y probadamente declarados culpables, están comprendidos en el indulto: y los primeros, contra quienes no pesa sino una medida gubernativa, que será justa ó injusta, con esos no se entiende el indulto ni los alcanza. ¿No te parece una buena justicia distributiva esta?

Afrenta de los ministros,  
Si son capaces de afrenta.....

Cualidades de ministro  
Tercia y segunda desplega,

Y evitar sabe con maña  
Caer en cuarta y tercera.

Pero tambien es mi todo  
En esto pieza maestra,

Que en astucias y en argucias  
Habrá pocos que le escedan.

. . . . .

Sencillita es la charada,  
Serás, lector, mas babioca,

Mas legó que TIRABEQUE,  
Si aun así no me la aciertas.

—Señor, me dijo TIRABEQUE, ocúrreseme una cuarteta, que me parece que lo ha de explicar todo con una sola palabra. Pues como el hambre dicen que es buena para hacer versos, y yo estoy en ayunas, aunque profeso la doctrina contraria, allá va el que se me ha venido á la boca.

Lo que el hermano Arrazola  
 Por mal nombre llama indulto,  
 En cambiándole una letra  
 Se puede llamar in.....

—Calla, le grité interrumpiéndole, que temo tus consonantes. Y acércame esa ropa.»

Hizolo así TIRABEQUE, y me vestí con la ropa cotidiana, sin que tuviera ya que mudármela en todo el día, en razón á estar dispensado de ir al besamanos; única cosa extraordinaria que note el día del *indulto cero*. Y por lo que hace á mí, por no sucederme nada de particular, ni siquiera me dieron la llave de gentil-hombre, y eso que se repartieron unas cuantas docenas, que supongo se lucirian ya en el baile de Palacio de la noche del miércoles 22, que fué el día que llegó la noticia de la derrota del brigadier Manzano en Cataluña *para alivio de luto*.

---

## LA RELIGION Y LOS PRETENDIENTES.

---

Esperábamos amo y lego con cierta impaciencia y mucha curiosidad los *memoriales* que con el nombre de *manifestos* habian de dirigir á la Francia cada uno de los candidatos, ó sea pretendientes á la presidencia de la República, para juzgar á cada cual segun la marcha ó pensamiento de gobierno que se propusiera seguir: que aunque ya sabemos lo que valen y lo que significan los programas, siempre lo que se dice conduce de algun modo á inferir lo que se habrá de hacer.

Vino, pues, el primero el de los republicanos rojos, ó sea el del hermano Ledru-Rollin. Léísele á TIRABEQUE, ó por de-

cir, le leí una tercera parte, sin que por eso dejara de ser una muy decente ración de manifiesto. Ya habia yo notado que le harian bostezar mucho las teorías rojas; pero al llegar a aquello de: «La vida dada á los departamentos y á las «municipalidades por un doble movimiento del centro á las «estremidades y de las estremidades al centro,» — «No lea usted mas, mi amo, me interrumpió TIRABEQUE, y demos, si á vd. le parece, de baja al hermano Ledru-Rollin; que aunque yo no entiendo gran cosa de esa monserga de doctrinas, entiendo lo bastante para comprender que los ciudadanos rojos no se dan por satisfechos con la Constitución republicana que se acaba de hacer, y que quisieran ellos arreglarse otra nueva á su gusto, en lo cual tengo para mí que no entrará por ahora la Francia en manera alguna, y hará muy bien, que no son las constituciones libretas de pan para amasarlas y cocerlas en el horno cada dia.

—Así es la verdad, PELEGRIN hermano: y esto prueba cuán fallidos suelen salir los cálculos de los hombres, y cuán inconsecuentes son los republicanos de la casta roja. Ellos proclamaron el sufragio universal como su gran principio de gobierno y como el *non plus ultra* de las libertades populares; y ahora que tienen una Constitución, producto inmediato de ese sufragio universal, desechan, rechazan y repelen á la hija legítima del padre que ellos mismos buscaron. Y es que se les ha vuelto, como dice el vulgo, la criada respondona, y escupieron al cielo y los ha caído en la frente, y les ha acontecido lo que muchas veces sucede, que no sabe la pulpeja con quien trebeja. Y puesto que el sufragio universal de la Francia, segun todas las noticias, no se muestra propicio á este candidato, y mas desde que se ha negado á transijir con el ciudadano Raspail, á quienes los rojos y socialistas trataban de avenir, parece que bien podemos darlos de baja entre los aspirantes con probabilidad á la presidencia, sin que esto sea decir que el uno y el otro no hayan de sacar su racioncita, aunque mínima, de sufragios.

—¿Y quiénes son los que quedan ahora, señor?

—De manera, PELEGRIN, que descartados por tí y por la opinion de la Francia Ledru-Rollin y Raspail, y habiéndose retirado espontáneamente Lamartine, Thiers, Molé, Bedeau, Bugeaud y Changarnier, los diez candidatos se encierran en dos, que son Cavaignac y Napoleon.

—Señor, entonces ya veo yo quién ha de salir presidente.

—Mucho decir es eso, PELEGRIN: no veo yo otro tanto: porque aun está la cosa un poco problemática y turbia.

—Pues yo lo veo con toda claridad, mi amo.

—Bien; pues una vez que tan claro lo vés, dime quién de los dos ha de salir, y lo sabré yo tambien.

—Eso es lo que no podré yo asegurar todavía. Pero como tengo aquí á los dos, y á ambos los estoy viendo á la vez, resulta que cualquiera de ellos que salga, yo veo ya con toda claridad al que ha de salir presidente. Que ahí está mi talento y mi perspicacia, en haber traído á la celda hace tanto tiempo y puesto aquí junto á la república á los dos que un dia se habian de disputar la presidencia, para no quedarme en ningun caso ni adviento sin presidente.

—Evento querrás decir, hombre, que no adviento. Y en verdad que tienes unas salidas como tuyas. Asi ya lo creo que ves al presidente futuro.

—Ahora, mi amo, faltanos saber cómo se esplican estos dos señores.

—Hasta ahora, PELEGRIN, ninguno de los dos se ha esplicado todavía.

Asi era la verdad entonces. Pero al dia siguiente llegó el *Memorial* de Cavaignac bajo la forma de *Circular* á todos los funcionarios civiles y militares. Léisela tambien a TIRABEQUE, que la escuchaba con mas atencion que la de Ledru-Rollin, aunque poco menos larga que ésta. Dejó pasar sin comentarios los tres párrafos primeros, y no chistó hasta llegar al cuarto, en que haciendo alusion á las teorías de los socialistas y de los rojos, decia el hermano Cavaignac: «Estas teorías funestas debian producir frutos amargos, y ya sabeis la terrible responsabilidad que hacen pesar sobre ellas los actos de profanacion sacrílega ó de agresion salvage, que bajo bandera postiza fueron cometidos contra lo mas respetado, lo mas santo, lo mas vital que las sociedades tienen.»

—Que me place esa manera de esplicarse, exclamó TIRABEQUE, mirando á Cavaignac. Celebro mucho, ciudadano (continuó), el que al fin y al cabo haya vd. venido á adoptar mis opiniones, y que no sea yo solo á llamar *salvages* esas digresiones ó agresiones que vds. han tenido.»

Tambien le complació mucho á TIRABEQUE, el otro párrafo que dice: «La ley política fundamental ha venido á colocarse al lado de la ley eterna de orden y de estabilidad, que es la condicion necesaria de toda sociedad humana .....

—Eso me gusta, dijo PELEGRIN; sea vd. hombre de orden, y ya no me importa que salga vd. presidente, aunque sea mas republicano que Marcos Tuyo Ciceron; se entiende, con tal que no volvamos á las andadas de suprimir diez periódicos á la vez, y de encarcelar periodistas, y otras libertades poéticas de esta especie que vd. se ha tomado. Y ahora prosiga vd., mi amo, que no me disgusta el modo de esplicarse de este pretendiente.»

Proseguí leyendo, yo FR. GERUNDIO, y nada me dijo mi lego hasta llegar al último párrafo que le llamó sobremanera la atencion. «La Asamblea nacional (dice) ha querido que la «religion fuera á consagrar la solemnidad que se dispone. El «gobierno se habia asociado de antemano á este pensamiento, y está seguro de vuestro apoyo para realizarle..... Todos los ministros de la religion demostrarán, estoy seguro, «patriótico celo para corresponder á vuestro llamamiento: con «sincero homenaje saludaron el establecimiento de la República: en ella encuentran la aplicacion de todos los principios «de libertad, igualdad y fraternidad revelados al mundo por «el *Evangelio*, y cuidadosamente inscritos en la Constitucion «republicana. Llevarán piadosamente su pensamiento hácia «Dios, que protege á la república, le darán gracias por sus «beneficios, y le pedirán beneficios nuevos para la patria «comun.»

Tan religiosas palabras en boca de un republicano ardiente como Cavaignac, y en dias de aspirar á la presidencia de la República, no podian menos de escitar el entusiasmo de un lego tan religioso como TIRABEQUE. «Señor, me decia, si el hermano Cavaignac es tan amante de la religion como parece, desde luego le doy mi voto, aunque nada valga. Y por de contado bueno es y muy conducente que un hombre que aspira á la presidencia de la República le diga á la Francia entera que lo mejor que hay en la Constitucion republicana, que es eso de *libertad, igualdad y fraternidad*, estaba ya contenido y mandado en el *Evangelio*, que tengo para mí que es la mejor de cuantas Constituciones se conocen.

—De tal modo es eso cierto, PELEGRIN, que bien se puede decir de esa y de todas las Constituciones lo que dijo ya un poeta francés de otro cierto código:

..... Qui n'admet pas la possibilité  
De liberté sans Dieu, de Dieu sans liberté.

Que no admite ó consiente  
la posibilidad  
de libertad sin Dios,  
de Dios sin libertad.

Y de tal manera van estas dos cosas unidas y hermanadas, y tan ordenadas y prescritas están en el Evangelio la *libertad*, la *igualdad* y la *fraternidad*, que por mas vueltas que den los hombres, por mas doctrinas que discurren, por mas teorías que inventen, por mas instituciones que se den, y por mas formas de gobierno que cambien, si algo bueno y estable han de hacer en favor de la humanidad han de ir á buscarlo, ó á conformarlo por lo menos á las máximas del Evangelio, que es el mejor tratado de socialismo que yo conozco. Con la circunstancia que mientras la legislación y las instituciones y los gobiernos no estén basados sobre la moral de la religion, y mientras no se eduque en ella á los pueblos, los hombres estarán en revolucion perpétua, y la revolucion se irá tragando dinastías, instituciones, sistemas, monarquías, repúblicas y ministros, é insaciable como el famoso Minotauro pedirá mas ministros, mas sistemas, mas instituciones y mas formas.

—Señor, ese ciudadano Minotauro supongo que sería algun revolucionario de esos mas tragones que hay.

—No has de ser simple, PELEGRIN; observaciones haces tan necias que no merecen contestacion. Y digo que de cuantos códigos inventen los hombres, ninguno hallarán ni mas liberal, ni mas humanitario, ni mas social que el Evangelio. Verdad que ha sido desconocida ó desfigurada hasta ahora, pues en unas partes y en unos tiempos se ha querido hacer creer que la religion era incompatible con la libertad, y en otros tiempos y en otras partes han pensado é intentado persuadir los hombres que la libertad era incompatible con la religion; error lamentable y craso uno y otro, y que han producido las consecuencias amargas que todos lamentamos, siendo asi que esos dos grandes principios de civilizacion no debieron divorciarse nunca, y que la verdadera civilizacion

*N'admet la possibilité  
De liberté sans Dieu, de Dieu sans liberté.*

Asi no hay hombre mas liberal que el verdaderamente religioso, ni hombre mas religioso que el verdaderamente liberal. La parte ilustrada del clero francés comienza á dar un

ejemplo de esta verdad. ¡Qué figura tan noble, tan sublime, tan magestuosa la de un Arzobispo de París, la de un verdadero apóstol y ministro de la religion, que presentándose en medio de las barricadas, y despreciando el mortífero plomo espone su vida por predicar la verdadera fraternidad á aquellos hombres bárbaros, rencorosos y ciegos que proclamando otra fraternidad falsa, como no cimentada en la religion, se mataban unos á otros; y que muere tranquilo y satisfecho de haber cumplido con su doble deber de buen apóstol y de buen ciudadano!

Pues oye ahora, PELEGRIN, y admira y envidia la suerte de la Francia en tener en su seno hombres tan profundamente liberales y apostólicos como estos. Oye ahora algunos párrafos de la pastoral de Monseñor Sibour, nuevo Arzobispo de París, y digno sucesor de aquel varon santo, al tomar posesion de su silla, y verás que ni Cabet, ni Proudhon, ni Raspail, ni Blanc, ni Ledru—Rollin, ni Lamartine, ni Thiers, ni Cavaignac, han emitido ni doctrinas ni sentimientos mas nobles, mas liberales, mas humanitarios ni mas sociales que Monseñor Sibour.

«Hijos queridos (les dice); acabo de llegar desde el centro de nuestras estériles montañas, en medio de vosotros sin traer oro ni plata. ¡Ah! tengo que lamentar que en mi primera aparicion no puedo remediar á los desgraciados que se me han presentado. Pero no los separo de mi memoria, y *todo lo que yo adquiriera se lo daré con alegria*. Cuando les haya dado *hasta mi último óbolo*.....»

—¿Qué quiere decir óbolo, mi amo?

—¡Válgame Dios, hombre, y qué ignorante eres! Como si dijera, «hasta mi último maravedí.» «Cuando les haya dado hasta mi último óbolo, *hasta mi último mendrugo de pan*, «mendigaré por ellos á la puerta del poderoso á fin de verter «en el seno de los pobres las liberalidades de los ricos.»

—Señor, yo apuesto mi zapato de cinco suelas á que ni Barbés, ni Prudon dan sus óbolos á los pobres, y á que en tal de mendigar como el señor Arzobispo, irian á las puertas de los ricos, pero seria con carabina en mano por la ley de la fraternidad.

—Pero escucha, PELEGRIN. «Siempre que me lo permitan «los quehaceres de mi diócesis iré á visitaros y bendeciros en «vuestros talleres y en vuestras pobres moradas. Con una mirada paternal sondearé vuestra miseria, y si no puedo ali-

«viarla uniré mis lágrimas á las vuestras.... Aplaudo con todo mi corazón, queridos hermanos, los esfuerzos de la legislación y de la ciencia por mejorar la suerte de las clases que sufren. *Pero estos esfuerzos serán siempre impotentes si la religion no los inspira y fecundiza.*»

—Me gusta el sermón, mi amo, pero Dios quiera que no predique en desierto el señor Arzobispo.

—«En vano (continúa) sin la religion buscan en las leyes, en las teorías y en las combinaciones sociales, ó en el trastorno de la riqueza, los medios de dulcificar ó mejorar la condicion de los hombres. Ella sola con su fuerza y su unción divina puede curar completamente esta llaga de la humanidad. Que se medite bien; el mal consiste menos en la distribución de los bienes que en la participación insuficiente de los mismos..... La religion por el espíritu de caridad por una parte, y por otra por las virtudes de templanza y de economía doméstica que manda practicar, asegurará á la clase indigente de la sociedad una parte de los bienes de esta vida proporcionada á sus necesidades. Cuando los poseedores de las riquezas se convenzan de que Dios no les ha favorecido sino para que representen la providencia visible del pobre; cuando se persuadan de que los riquezas de que son depositarios temporales no tienen otro fin en sus manos que el de deramarlas en el seno de la indigencia, entonces mirarán su tesoro como patrimonio de los que sufren, entonces las distribuirán, no por los cálculos desapiadados de una insaciable avaricia, sino por las reglas de una caridad generosa y fraternal.»

—Todo eso es muy santo y muy bueno, señor mi amo, y muy provechoso para el negocio del alma, solo que me temo que el señor Sibour ha de predicar en vano, porque en estos tiempos, como cantaban ya en mi lugar:

Al alma del negocio  
va todo el mundo  
y al negocio del alma  
no va ninguno.

—Esa es una verdad, PELEGRIN. Y no fueron por cierto Luis Felipe y Guizot los que con su política contribuyeron menos á arraigar en el pueblo la máxima de ir siempre al alma del negocio y no al negocio del alma, puesto que materializando al hombre acostumbraron á los franceses á aquello

de «tanto tienes, tanto vales,» y á no mirar en el hombre sino un capital acumulado y en las relaciones individuales sino relaciones mercantiles. Así produjo los amargos frutos que no podia menos de producir, y así se ve ahora ese enjambre de comunistas, de socialistas, de organizadores del trabajo, en lucha material con otro enjambre de egoistas, envidiando y atacando los pobres á los ricos, los ricos defendiendo lo que tienen y escatimando el dar participacion á los pobres, en guerra todos, y todos dando por las paredes, y se volverán locos sin atinar con el remedio á sus males, mientras no se convenzan de que, como dice monseñor Sibour, «en vano sin la religion y sin la práctica de las virtudes evangélicas se busca en las leyes, en las teorías y en las combinaciones sociales ó en el trastorno de la riqueza los medios de mejorar la condicion de los hombres.»

Yo bien sé, PELEGRIN, que estas doctrinas no serán tan escuchadas como debieran, pero tambien sé que si á las cátedras de los clubs se opusieran las cátedras del cristianismo desempeñadas por hombres como monseñor Sibour, algo mas ganaria y mas halagüeña fuera la condicion de la humanidad, y así se realizaria la revolucion pacífica en favor de la religion y de la libertad de los hombres y de los pueblos, que es lo que debemos apetecer.»

Tales eran nuestros razonamientos con ocasion de la circular de Cavaignac. Y como en estos dias nos hayan informado los diarios franceses del gran movimiento que se observa en el clero de Francia con motivo de la próxima eleccion de Presidente, llamé á TIRABEQUE, y le dije: «Mira PELEGRIN, ya se empiezan á tocar los efectos del parrafito del manifiesto del hermano Cavaignac. El clero parece que se va pronunciando por su candidatura. El obispo de Orleans la recomienda al clero de su diócesis por una circular, y si bien el obispo de Langres y otros eclesiásticos de alta gerarquía manifiestan no estar de acuerdo con aquel prelado; pero casi todos los obispos, y entre ellos el de Lyon, el de Bourges, el de Arras, y el mismo arzobispo de París monseñor Sibour, invitan al clero á que tome una parte activa en la eleccion de presidente, escitando á los eclesiásticos á que rueguen á Dios por que ilumine y dé acierto al pueblo en el nombramiento del primer magistrado de la república exhortándoles á que voten al que en su conciencia crean mas digno; pero previniéndoles que se guarden de emplear su influencia para inclinar ó tor-

cer la voluntad de los fieles en favor ni de uno de otro candidato so pretesto de religion. Digna y noble conducta, PELEGRIN, y que prueba al mismo tiempo una de las grandezas y excelencias de la religion cristiana, á saber, que se acomoda á todas las formas de gobierno, aun á las mas libres, sin escluir mas que el despotismo.

—De todo esto, mi amo, saco yo varias consecuencias. Y es una de ellas que el hermano Cavaignac no debe tener pizca de tonto, puesto que ha discurrido que la santa iglesia de Dios le puede hacer gran servicio, y como decimos por acá, el caldo gordo; y que no puso él á humo de pajas en su circular el parrafito del Santo Evangelio, y que sabe de cuánto provecho puede serle la gente de corona, y que entiende bien el manejo de cazar curas. La segunda consecuencia es, que si me agrada que un pretendiente á la presidencia de la república se manifieste tan religioso, no me gusta menos el que los prelados y clérigos franceses se muestren tan liberales. Bien que en esto, mi amo, no les van en zaga los de España.

—Por vida mia, PELEGRIN, que no has podido hacer una comparacion mas oportunamente desacertada. Precisamente ahora que el clero francés ha tomado esa actitud tan liberal y tan digna (al parecer al menos), precisamente en estos mismos dias, para que resalte mas el contraste, es cuando á una parte del clero español se le ha antojado meterse en conspiraciones. Conspiracion carlista en Valladolid, prision de tres curas; conspiracion carlista en Zamora, prision de siete curas, todos por complicidad, ó á lo menos por sospechas vehementes de ella. ¿No te parece que forma semejante conducta un buen contraste con la del clero francés?

—Yo le diré á vd., mi amo. El hambre es muy conspiradora y muy revolucionaria, así en España como en todas las partes del mundo. Y á la manera que vd. dice, y dice muy bien, que no hay *possibilité de liberté* sin Dios y de Dios sin *liberté*, así de la propia manera digo yo que cuando falta el *pain* no hay gana de *liberté*, y que libertad sin pan en español, es lo mismo que *liberté sin pain* en francés. Nó, sino quiten el *pain* á los curas franceses y verán qué gana les queda de *liberté* ni de repúblicas. Y lo que extraño yo es que habiendo dejado sin pan á los curas españoles y habiendo tantas hambres, no sean mas los que conspiren, que harto mérito tiene el que padece hambre y se está quieto. Así como pienso que si al clero español se le pagara religiosa y decente-

mente como Dios manda y se le tiene ofrecido, no le ganaria á liberal todo el clero francés, que es lo que no ha querido comprender ningun gobierno de cuantos hemos tenido desde Mendizabal hasta Narvaez.

—No te falta alguna razon en esto, PELEGRIN; que yo tambien estoy convencido de que el hambre es esencialmente conspiradora; con la diferencia de que asi como los obreros franceses, al ver que el sufragio universal no les mata el hambre, conspiran por tener todavia mas libertad, esperando que con mas libertad tendrán mas pan; asi el clero español, al ver que la libertad le mata de hambre, es casi natural que conspire por volver al absolutismo, con el cual tenia mas pan. Puesto que si bien *non de solo pane vivit homo*, tampoco *de sola libertate vivit homo*; y esto es lo que debieran tener presente todos los gobiernos.

Y dejando ya esta cuestion incidental, que nos ha salido al paso, alegrémonos, PELEGRIN, de que asi el hermano Cavaignac como el clero francés comiencen á manifestarse convencidos de que la libertad y la religion deben andar unidas y hermanadas, y que el buen orden de la sociedad

*n' admet pas la possibilité  
de liberté sans Dieu, de Dieu sans liberté.*

Y esperemos ahora el manifiesto del hermano Napoleon, que no dudo contendrá ideas igualmente religiosas y de orden; en cuyo caso, si ambos pretendientes son liberales, religiosos y amigos del orden, eso debe importarnos que el elegido se llame Cavaignac, ó se llame Luis Napoleon, y que el gobierno de la Francia se nombre república ó se nombre de otro cualquier modo.»

## LA FLEMA ALEMANA.

---

Fragmentos de una comedia representada en Berlín en el mes de noviembre de 1848.

### DEL ACTO PRIMERO.

Son las nueve de la mañana. Los diputados de la Dieta se dirigen en procesion de tres en tres al salon de las sesiones en la plaza del Teatro. Encuentran la puerta llena de madera.

*El Presidente.* Trás, Trás.

*Una voz de dentro.* ¿Quién llama?

*El Presidente.* Yo.

*Voz de dentro.* ¿Y quién es vd.?

*El Presidente.* (Mirando por el agujero de la cerradura). Abra vd., que soy el Presidente de la Dieta, la cual está aquí conmigo, juntamente con los Vice-Presidentes y Secretarios.

*Voz de dentro.* ¿Y qué se les ofrece á vds?

*El Presidente.* Venimos á celebrar nuestra sesion.

*Voz de dentro.* Pues perdonen vds. por Dios, que yo no puedo abrir; tengo cerrado por orden del gobierno.

*El Presidente.* Abra vd., que hace un frio de diez grados y estamos tiritando.

*Voz de dentro.* Pues vayan vds. á calentarse á otra parte, que aquí está prohibido.

*El Presidente.* Le vale á vd. que no es parlamentario el sostener debates con un desconocido por el agujero de una cerradura. Salga vd. y nos entenderémos.

*Voz de dentro.* Le vale á vd. que no puedo salir, porque mi encargo es custodiar el edificio, que sinó nos veríamos las caras.

*Varios diputados.* ¿Hay mas que derribar la puerta? manos á la obra, compañeros.

*El Presidente.* Flema, señores, tengamos flema: el derribar puertas no es parlamentario. Señores, el rey ha mandado que la Dieta se traslade á Brandenbourg: la Dieta ha declarado

que este mandamiento del Rey es *ilegal*: el Rey ha declarado que es *ilegal* esta declaracion de la Dieta; la Dieta ha declarado que es *ilegal* esta declaracion del Rey. En su virtud el Rey dió orden á las tropas para que ocuparan á la fuerza el local de nuestras sesiones; el mayor Brause se encargó de esta ejecucion entre tres y cuatro de esta mañana; la guardia nacional que le custodiaba declaró que esta ocupacion era *ilegal*, y que por lo mismo se resistiria á ella; el mayor Brause declaró que esta resistencia era *ilegal*. En su virtud la guardia nacional se retiró con mucha flema, y el salon quedó ocupado por las tropas. Ahora bien, *¿Quid faciendum* en este caso?

*El diputado Danne.* *¿Quid faciendum?* Irnos con mucha flema con la música á otra parte. Señores, donde quiera que vayamos nosotros va la Dieta. Vámonos, si á vds. les parece, á la fonda de Rusia.

*Muchos diputados.* Si, si, vámonos con la música á otra parte, á la fonda de Rusia.

Los diputados se encaminan de dos en dos á la fonda de Rusia. Se abre la sesion en la fonda de Rusia. Se protesta con mucha flema contra los sucesos de la noche anterior. El señor *Berg* dice que el gobierno del pais está enfermo, y que por lo mismo los diputados deben permanecer firmes en sus puestos.

*El Presidente.* Si, pero aqui en esta fonda estamos mal: si á vds. les parece, nos reuniremos esta tarde en *Schutzanhauslinien-etrasse*, número 5.

*Muchos diputados.* Si, si, esta tarde en *Schutzanhauslinien-etrasse*, número 5.

Se levanta la sesion. Los diputados se van á almorzar con mucha flema. A las tres de la tarde se reunen en *Schutzanhauslinien etrasse*, número 5.

*El Sr. Waldeck.* Señores, propongo con algunos de mis compañeros que se declare: 1.º Que la disolucion de la guardia nacional de Berlin es *ilegal*: 2.º Que todo funcionario civil ó militar que ayudare á su ejecucion, será traidor á la patria; 3.º Que esta resolucion se publique inmediatamente.

*El Sr. Wachmuth.* Estoy por la proposicion; pero tengamos flema, señores; no demos lugar á que haya efusion de sangre. Invitemos al gobierno á que retire esa orden, y digamos á la guardia cívica y á la poblacion que tengan un poco de flema, y que conserven una actitud tranquila.

*Todos.* Aprobado, aprobado.

*El Presidente Unruch.* Señores, se habla de decir al país que se niegue á pagar las contribuciones, pero tengamos flema, señores. Este es un medio pasivo y extremo, y no debe recurrirse á él sino con mucha flema.

*Todos.* Tiene razon, aprobado.

*El Presidente.* Mañana tendremos sesion.

*El diputado Uhlich.* Mañana es domingo y no debemos trabajar.

*El Sr. Berg.* Trabajar en los domingos y fiestas de guardar por el bien público es tambien servir á Dios (Aplausos).

*El Presidente.* Corriente, señores, trabajaremos. Pero aqui en este local no estamos bien; mejor será que vayamos mañana á la sala de los Arcabuceros.

*El Sr. Weichsel.* Señores, miren vds. que si nos separamos, Dios sabe si nos volveremos á ver.

*Muchos diputados.* ¡Qué tontería! el gobierno tiene aun mas flema que nosotros: no hay cuidado. Vaya, señores, hasta mañana en la sala de los Arcabuceros.

*Otros.* Hasta mañana, señores.

Se levanta la sesion y los diputados se van á comer con mucha flema.

## DEL ACTO SEGUNDO.

La escena es en la sala de los Arcabuceros. Hállase en ella la Dieta Prusiana. El coronel Sommersfeld, acompañado de varios oficiales y un destacamento, intenta penetrar en el salón. Algunos arcabuceros tratan de estorbarles el paso.

*Coronel.* Dejadme pasar, ú os pasaré á vosotros.

*Arcabuceros.* Tenga vd. flema, señor coronel: no sea vd. tan súbito de genio.

*Coronel.* Es que...!!! Soy un coronel alemán! (y envaina la espada). ¿Dónde están esos señores que dicen que son la Asamblea nacional?

*Arcabuceros.* No se enfade vd., señor coronel, venga vd. con nosotros (y le conducen ellós mismos al salón).

*Un arcabucero.* Este hombre se va á tragar hoy toda la Dieta cruda, y va á llenar de luto la Prusia y la Alemania.

*Coronel.* ¿Son estos los señores de la Asamblea nacional?

*El Vice-presidente Plonnis.* Los mismos, si señor; ¿qué se le ofrecia á vd?

*Coronel* (retorciéndose el bigote). Soy el coronel Sommersfeld, ¿entiende vd? y vengo comisionado por el gobierno á intimar á vds. que se retiren.

*El Sr. Plonnis*. Señor coronel, esa intimacion es *ilegal*. Nosotros representamos la Asamblea.

*El coronel*. La *ilegal* es la Asamblea. Está declarado el estado de sitio.

*El Sr. Plonnis*. Ese estado de sitio es *ilegal*.

*Coronel*. Eso yo os lo diré. Eh! soldados! avancen.

*El Presidente*. Hombre, tenga vd. flema. Mirad que si llega á entrar la fuerza armada..... sereis responsable!!!

*Coronel*. Señor Presidente, no tenga vd. tan mal genio. Soldados, retirarse.

La tropa se retira con mucha flema. Los soldados defensores del gobierno, y los paisanos defensores de la Dieta, se divierten juntos en la calle, y se rien á coro con una flema prusiana. Entretanto en la sala de sesiones el Coronel con sus oficiales, y el Presidente con sus diputados, disputan, se amenazan, levantan los brazos, cierran los puños..... pero no se pegan. El coronel Blucher entra en el salon.

*Blucher* (con arrogancia). Ea, señores diputados, largo de aquí.

*El coronel Sommersfeld*. Si estos señores quieren continuar aqui como caballeros particulares, en ese caso los respetaremos.

*El Presidente*. Aqui no hay ningun caballero particular, todos somos diputados.

*El coronel Blucher*. Pues en ese caso... soldados, avancen.

Entra la tropa. Muchos diputados tiemblan, creyendo que van á ser arcabuceados en el acto en la sala de los Arcabuceros, ó degollados como aquellos senadores romanos que lo fueron por los galos, gente de menos flema que los alemanes. Pero los gefes y los soldados van tomando á los diputados del brazo con mucha urbanidad, cada representante baja la escalera asido de dos militares como una dama, y puestos en la calle cada cual toma su camino con mucha flema por donde se le antoja, y—«vayan vds. con Dios,»—«que vds. pasen buena noche, —hasta mañana si Dios quiere.»

## DEL ACTO TERCERO.

La escena es en el palacio real de Sans-Souci. El Rey está pensativo. Entra el ministro Brandembourg y le dice:

*Ministro.* Señor, la guardia nacional de Berlin se niega á obedecer la órden de disolucion dada por V. M. y se resiste á entregar las armas.

*El Rey.* ¡Qué mal genio tiene esa guardia nacional! No, pues yo tambien me voy ya enfadando. ¿Pero qué alega para negarse á entregar las armas?

*Brandembourg.* Señor, alega que la órden es *ilegal*. Será menester declarar la ciudad en estado de sitio, y poner el mando militar en manos del general Wrangel.

*El Rey.* Hombre, no. Brandembourg, tú tienes muy mal génio, y Wrangel tiene unos arranques del diablo. Mira, es necesario tener mas flema. Haced por persuadir á la guardia cívica con buenos modos que la órden del desarme es *legal* y que la *ilegal* es su resistencia.

*Brandembourg.* Señor, debo decir á V. M. que no basta esto, porque el manifiesto en que V. M. asi lo declara, ha sido arrancado de las esquinas, y la guardia nacional, y la Dieta, y el pueblo se burlan de él.

*El Rey.* ¡Vaya por Dios y qué mal génio tienen todos! No, pues tambien yo me voy enfadando. Andad, y declarad el estado de sitio.... Pero mira, Brandembourg; ¡por Dios que no haya desgracias! es menester prudencia, y sobre todo un poco de flema.

Parte el ministro Brandembourg, y el gobierno hace publicar el estado de sitio en Berlin. El general Wrangel queda encargado del mando de la plaza, y da un bando prohibiendo las reuniones y los grupos, suprimiendo la libertad de imprenta, mandando salir á los estrangeros, y ordenando que se entreguen las armas inmediatamente. El Rey se ha puesto á comer con mucha flema. A los postres se presenta el mayor Thumen, enviado por el general Wrangel.

*Mayor.* Señor, el general me ha mandado poner en conocimiento de V. M. que la Dieta ha declarado *ilegal* el estado de sitio, que a guardia nacional se resiste á entregar las armas, que el magistrado de la ciudad se niega á disolverla, y que los grupos continúan á pesar del bando.

*El Rey* (mondando una manzana) ¡Esa gente está dando

lugar á que yo me enfadel ¡No, pues tambien yo tengo unos humos...! y un teson! ¿Pero ha habido algun choque?

*El mayor Thumen.* No señor, pero es muy espuesto á que le haya, porque cuando las patrullas recorren la ciudad, los grupos les abren paso, y luego que han pasado se ponen á gritarlas, y á hacer burla y chacota de la tropa. Con cuyo motivo el general les ha facultado, por mi mismo conducto, para que siempre que esto suceda puedan hacer uso de los fusiles contra las masas, si no se dispersan á la primera intimacion.

*El Rey* (comiendo la manzana). Hombre, no, esto es muy duro. ¡Ese Wrangel tiene un genio.....! Anda, y dile de mi parte que tenga un poco mas flema, y sobre todo, que haga por convencer con buenos modos á ese pueblo y á esa guardia de que el estado de sitio es *legal*, y de que el desarme tambien es *legal*. Y dile que por amor de Dios no me dé que sentir.

*El mayor Thumen.* Señor, traigo encargo de decir á V. M. que estas medidas no alcanzan, y de proponer á V. M. que si las armas no se entregan en todo el dia de hoy, mañana ó se hagan visitas domiciliarias para recogerlas, ó que recorran las calles piquetes de tropas, y á tambor batiente se invite á los vecinos á que bajen á depositar las armas en carros que se llevarán al efecto.

*El Rey* (limpiándose los dientes). Bien, hombre, bien; dile á Wrangel que haga lo que quiera, pero con tal que no tengamos un conflicto y que no haya desgracias: porque la guardia nacional tiene mal genio, la tropa tambien, el pueblo se acalora pronto, y si dan lugar á que yo me enfade....! Su fortuna es que me ha dado Dios un poco de flema, pero ya casi me voy enfadando.

*El mayor Thumen.* Está bien, señor (*y sale*).

#### *Decoracion de calle.*

La escena es en Berlin. Destacamento de tropa con su oficial y su tambor á la cabeza. En medio va un carro. La comitiva se detiene delante de la primera casa; y al modo que por las mañanas recorren las calles de Madrid ciertos carros, que se van deteniendo á las puertas de los vecinos, á quienes una campanilla avisa para que bajen á depositar en ellos lo que es ya superfluo en las casas, de la misma manera avisan alli con un redoble de tambor para que bajen los

milicianos á depositar las armas. *Tán, parrán, tán, tán, par raparrapatán.*—No baja nadie.—*Tán, parrán, tán, tán.*—No parece un alma.—A otra puerta.... ¡Alto! redoble....—Es una casa de cuatro pisos, y parece que no mora en ella alma viviente. El carro anda toda una calle vacío. Al doblar la esquina, el oficial ya amostazado, manda á diez soldados que le sigan, y sube con ellos á un cuarto principal; el dueño sale á recibirlos.

*Oficial.* Paisano, ¿tiene vd. alguna arma?

*Paisano.* Si señor, tengo un fusil.

*Oficial.* Pues entréguele vd. de orden del Rey.

*Paisano.* No le entregaré sino á la fuerza, y podrá costar caro al que le tome.

*Oficial.* Paisano, ¡qué mal génio gasta vd! Tenga vd. mas flema. Muchachos, vamos abajo, que el Rey no manda hacer fuerza á nadie.

Continúa el carro y la comitiva. Algunos coches cerrados circulan por la ciudad. Son guardias nacionales que van con mucha flema á entregar las armas, como vergonzantes, para no ser vistos. Los carros recogen tambien algunas. La guardia ni entrega las armas ni deja de entregarlas. La tropa ni hace el desarme, ni deja de hacerle. La Dieta ni manda, ni deja de mandar. El Rey manda y no manda. El pueblo ni manda ni obedece. Todos están para chocar.... pero no se pegan. La ciudad está tranquila. Superabundancia de flema alemana.

## DEL ACTO CUARTO.

*La escena es en Berlin, en la fonda de Colonia.*

*El Presidente de la Dieta.* Señores, he convocado la Dieta para este local, porque raton que no sabe mas que un agujero pronto es cogido. En este escondite creo que podremos estar mas seguros de no ser encontrados por las tropas que nos han espulsado de los otros tres. Señores, el gobierno ha declarado *ilegal y nulo* cuanto ha acordado la Dieta; declaremos *aquí nosotros ilegal y nulo* cuanto ha hecho el gobierno.

*Todos.* Aprobado, aprobado.

*El Vice-presidente Plonnis.* Pero, señores, tengamos flema; no demos lugar á que haya un conflicto. Invite mos á la

poblacion á que no oponga resistencia al estado de sitio, porque la poblacion está indignada y tiene mal genio: es menester evitar que haya desgracias.

*Muchos diputados.* Sí, sí, invitemos á la poblacion, que está tranquila y no piensa en moverse, á que tenga flema.

*El Sr. D. Ester.* Señores, voy á leer el capítulo de cargos que resultan contra el gobierno, y el dictámen de la comision que declara traidor á la patria al ministerio Brandenbourg, y que por consecuencia el procurador general de la ciudad debe formarle causa, y aplicarle todo el rigor de las leyes por el crimen de alta traicion (*lee*).

La Asamblea aprueba por gran mayoría el dictámen de la comision.

Se oye ruido en las escaleras de la fonda. *Voces.* Hoy deben perecer aqui todos. *Otra voz.* No, encerrémoslos en un castillo.—El mayor *Thumen* penetra en el salon seguido de una compañía de granaderos con bayoneta calada.

*Mayor* (echando espumarajo por la boca). Señores, vds. parece que se han propuesto incomodarme, é incomodar al Rey en cuyo nombre obro. ¿Cuántas veces he de decir á vds. que esta reunion es *ilegal*? Vamos, hagan vds. el favor de salir de aqui antes que me enfade.

*El Presidente Unruch.* Perdone vd., señor Mayor, esta reunion es *legal*. Y sobre todo no tenga vd. tan mal genio. ¿Pero cómo ha podido vd. encontrarnos en este escondite?

*Mayor.* ¡Oh! el presidente de policia es tan astuto que no tarda dos dias en averiguar donde se reunen 240 hombres. Con que salgan vds. de aqui, porque de otro modo...!!

*Varios diputados.* No se acalore vd., señor Mayor, tenga vd. mas flema, que ya salimos.

*Mayor.* Compañía, envainen bayonetas.

El gefe y los oficiales bajan la escalera unidos con los diputados, sosteniendo estos que la reunion era *legal*, y los otros que era *ilegal*.

*El Mayor Thumen* (en la calle). Vayan vds. con Dios, Señores, pero hagan vds. el favor de no volver á reunirse, porque están vds. enfadando al Rey, que se ha echado muy mal genio.

## CAMBIO DE DECORACION.

*El teatro representa la fonda de Mylins.*

*El Presidente de la Dieta.* Señores, saltando de fonda en fonda, y espulsados de todas, nos encontramos en esta de Mylins. Hagamos aquí el último esfuerzo en favor de la patria. Un secretario hará lectura de una proposicion (el secretario lee).

«El ministerio Brandenbourg no tiene derecho para disponer de los fondos del Estado, ni para cobrar las contribuciones mientras la Asamblea nacional no pueda continuar libremente sus sesiones en Berlin. Esta resolucion tendrá fuerza de ley desde el 17. Por lo mismo desde hoy 15 quedan abolidas las contribuciones, y el que las pague será reo de alta traicion. El primer deber de los ciudadanos es no pagarlas.»

*Voces del pueblo.* ¡Viva la Asamblea nacional! ¡Viva la abolicion de las contribuciones!

*Una voz.* ¡Viva el Rey!

Muchos paisanos amenazan al que ha victoreado al Rey. Este esfuerza su voz hasta hacerse oír de todos, y dice:

*Hombre del pueblo.* Compañeros y conciudadanos, tengan vds. mas flema. He gritado ¡viva el Rey! porque lo que nos tiene cuenta es que el Rey y la Dieta no se pongan jamás de acuerdo, y que ésta no pueda nunca celebrar libremente sus sesiones en Berlin, pues solo así podemos estar esentos de pagar contribuciones. ¡Viva el desacuerdo entre el Rey y la Asamblea nacional!

*Voces.* ¡Viva!

*Una voz.* Declaremos traidor á la patria al que intente ponerlos de acuerdo.

*Muchas voces.* Si, si, declarémosle reo de alta traicion. El primer deber de los contribuyentes es procurar que no se entiendan jamás la Dieta y el Rey.

Un mayor y varios oficiales penetran en el salon de la fonda. El mayor se dirige al presidente y le habla al oído. Despues se perciben estas palabras.

*Presidente.* ¿Trae vd. la órden por escrito?

*El mayor Herwarth.* No señor, verbal solamente, porque no ha querido dárme la de otro modo el general Wrangel.

*Presidente.* Pues entonces no nos disolvemos.

*Muchos diputados.* A la votacion, á la votacion.

Se adopta la abolicion de contribuciones por unanimidad de 226 votantes. Los diputados se levantan, se abrazan, lloran de júbilo por haber declarado traidor á la patria al que suelte un maravedi de contribucion.

*Mayor.* Señores, ordeno y mando que salgan vds. de aqui.

*El diputado Waldech.* Hombre, tenga vd. mas flema. Y sobre todo, no es honroso para un oficial, y aun para un ejército prusiano obedecer á una autoridad arbitraria contra la justicia y las leyes.

*Mayor.* ¿Con que segun eso no quieren vds. retirarse?

*Varios Diputados.* No señor, no nos retiraremos sino á la fuerza.

*Mayor.* Pues señor, una vez que tienen vds. tan mal genio, me retiraré yo. Disimulen vds. que los haya incomodado.

Salen el mayor y los oficiales. De alli á un rato salen los diputados.

*Voces del pueblo.* «¡Vivan la Asamblea nacional y el Rey! ¡Mueran las contribuciones!» Y asi se acabó el cuarto acto. La ciudad continuaba tranquila.

## DEL ACTO QUINTO.

### *Palacio del Rey Federico Guillermo.*

*Un oficial de palacio.* Señor, una diputacion de la ciudad de Berlin solicita hablar con V. M.

*El Rey.* Que éntre.

Entra la diputacion. Los delegados esponen al Rey que han consultado con varios juriscultos, los cuales han opinado que la traslacion de la Dieta es *ilegal*. El Rey contesta que ha consultado con otros, los cuales opinan que es *legal*. Un comisionado espone, que prescindiendo de la cuestion de derecho, cree que debe transigirse una escision que puede poner en peligro la corona. El Rey contesta que si la pierde la perderá con honra, pero que ya es imposible una composicion, segun le ha dicho el mismo Grávovv, que se habia constituido en mediador.

*El Principe de Prusia.* (que se hallaba presente). Pues señor, en ese caso es menester que V. M. obre con mas energia, y que haga castigar severamente á esos diputados rebel-

des, á esa guardia demagógica y á ese pueblo turbulento.

*El Rey.* Hombre, no, Príncipe, eso es muy duro; es menester tener un poco de flema. Den gracias á que deseo evitar un conflicto, que sinó, tengo yo un genio.....!!!

La cosa se quedó así, porque era la hora de comer, y el Rey se fué á yantar con mucha flema.

La comedia continuaba en Berlin. El Rey no se atrevia á disolverla. La Asamblea no se atrevia ya á reunirse. La guardia nacional no se atrevia á negar las armas. El ejército no se atrevia á hacerlas recoger. El pueblo no se atrevia á moverse. Y pueblo, guardia, ejército, asamblea y rey, seguian apostando á quien mas mandria fuera, y lo eran todos por igual. La monarquía y la democracia ganaban tambien igualmente en prestigio. Solo una superabundancia de flema alemana ha podido hacer que tantas escenas cómicas no hayan degenerado en una buena escena trágica. De temer es no obstante, que toda la flema del mundo no alcance á evitar que lo que empezó por comedia no remate en tragedia, y á quien Dios se la dé san Pedro se la bendiga.

---

## UNA CAMPAÑA GLORIOSA.

---

Aunque yo Fr. GERUNDIO soy naturalmente desafecto á las guerras, así por genio como por razon de mi estado, con todo confieso que en el caso de haberlas ó de ser necesarias leo con entusiasmo la relacion de una campaña rápida, brillante, gloriosa y coronada de triunfos y de lauros. Así es que me deleitan las prodigiosas campañas de Napoleon en Italia, en Austria, en Prusia y en Egipto, y me entretiene y admira la historia del Consulado y del Imperio. ¿Qué valen, digo yo despues, comparadas con aquellas campañas las recientes y actuales de Radetzky y Welden en Italia, las de Jellachich en Hungría y Austria, las de Windichgratz en Prusia y Bohemia, y las de Wrangel en Dinamarca en Austria? Unicamente en España, y no es poco honor el nuestro, es donde he podido encontrar algun fac-símile de las gloriosas campañas de Napoleon; y creo que no necesito hacer mas indicaciones para que todo el mundo comprenda que me refiero á la reciente y gloriosa del entendido y activo general Córdova en Cataluña.

Consiento en pasar, una vez siquiera, por adulator, antes que dejar de pagar el merecido tributo á los brillantes hechos de armas que en el breve espacio de dos meses nos han vuelto á traer á la memoria los del Gran Capitan reproducidos en uno de sus descendientes, ó por lo menos de sus tocayos. Cierto que no se sabe qué elogiar mas, si la pericia y tino del ilustre guerrero, ó el acierto y la inteligencia del gobierno que tan difícil empresa le encomendó. A juzgar por las *alleluyas* del *Heraldo*, estaba ya para terminar la guerra totalmente por la completa desaparición de aquellas insignificantes y despreciables gavillas de indisciplinados *trabucaires*, cuando el activo general se presentó en el teatro de la guerra. Pero no debía estar tan á punto de remate, cuando el entendido guerrero tuvo necesidad de concebir y meditar un vasto plan de campaña, por medio del cual de un solo empuje y á golpe seguro pudiera en un dia dado esterminar del suelo catalan, y aun del español, toda aquella chusma de gente follona y mal-andante, no quedando rastro ni reliquia, ni señal de ella, pues los que no perecieran al filo de su tajante espada, hubieran de huir despavoridos y turulatos al darles en los ojos el reflejo de su brillo y resplandor, se entiende despues de limpia de la sangre que la hubiera empañado. Un plan en fin, que despues de bien madurado le proporcionára poner un solo parte oficial diciendo, al modo de Don Belianis de Grecia:

Rompí, corté, abollé, y dije y hice  
 mas que en el orbe caballero andante;  
 fuí diestro, fuí valiente, fuí arrogante;  
 mil agravios vengué, cien mil deshice.  
 Azañas dí á la fama que eternice (1);

.....  
 fué enano para mi todo gigante... etc. etc.

Y en efecto, maduró su plan, en cuyo tiempo hubiera podido crecer y madurar un membrillo, que es la fruta mas pesadamente madurativa que conozco. Pero al cabo dias y ollas lo hicieron todo, y maduro ya el plan, comenzó el hermano Cór-

---

(1) Aunque en el texto de que están tomados estos versos se escribe *Hazañas*, he creído conveniente yo, FR. GERUNDIO, suprimir la *H* en gracia del personage á quien aquí se aplican, pues como dije ya hace quince dias (Revista, tom. III, pág. 60): «me temo que las hazañas del hermano Córdova no sean tambien *azañas* sin *h* como las de Bruno.» Y así ha sucedido al pto de la letra.

dova su campaña Napoleónica. Fué á Cervera y Guisona, como quien dice á Marengo y á Wagram, y

Salve, varon famoso, á quien fortuna.....

Pero la pícara, la bribona, la inconstante fortuna fué la que le volvió la espalda como á Napoleon en Waterloo, que sinó.....!!! y asi fué que por resultado del plan madurativo, los trabucaires se envalentonaron, multiplicaron y ensoberbecieron, que sinó.....!!! y le coparon algunas columnas, que si no hubiera sido por eso.....!!! Y aun asi y todo hizo una gloriosa retirada á Barcelona sin que nadie le pusiera obstáculo en el camino, y de consiguiente ¡oh prodigio! sin perder un solo hilacho de su faja. Allí tuvo la modestia (compañera inseparable del mérito) de hacer dimision de su glorioso mando, y en lugar de venir á la córte como los antiguos triunfadores romanos á hacerse ceñir las sienes con la corona triunfal, prefirió retirarse á Francia á reposar sobre sus laureles, lleno, segun dicen, de sólidas satisfacciones. Por lo menos nadie podrá negar al hermano Córdova una satisfaccion que contarán pocos españoles; satisfaccion rarísima en una época de tantas ilusiones desvanecidas y de tantas esperanzas burladas, á saber, la de poder decir: «Tengo la satisfaccion de no haber defraudado las esperanzas del público.» Y en efecto, esta justicia mas hay que hacerle: nadie se ha llevado chasco: es acaso la única vez que en España ha sucedido lo que todo el mundo esperaba. Da gusto cuando se leen campañas tan brillantes.

Y si esto hizo teniendo á su disposicion cuarenta mil hombres y mucho dinero, ¿qué fuera si le hubieran dado cien mil, y mas pecunia? No se los dieron, que si nó.....!!! Sino es bien seguro que hubiera hecho lo mismo.

En fin, allá va ahora el hermano Concha con veinte batallones mas, contra esos cuatro pelagatos que andan brigantando por Cataluña. La guerra de Calaluña es para el gobierno y los generales españoles lo que un dolor de muelas para los médicos; dicen que eso no vale nada, pero no aciertan á quitarle; ¿y para qué, si todo eso es salud?

ELLAS SE VUELVEN ELLOS.

## Y ELLOS SE VUELVEN ELLAS.

¡Cuánto hubieras dado tú PELEGRIN, por haberte hallado en el banquete comun de dos que se celebró en París el día 19! ¡Cuánto hubieras dado por hallarte entre 1200 comensales de ambos sexos, mezclados *los feos socialistas con las bellas socialistas*, comiendo allí *las y los* en dulce fraternidad y armonía! ¡Este sí que es socialismo, PELEGRIN!

—Y diga vd. mi amo; ¿qué hacian allí *ellas*?

—¿Qué habian de hacer? lo mismo que *ellos*. Comer en obsequio de la república democrática y social, y de la igualdad de derechos de los hombres y las mugeres, perorar lo mismo que *ellos*, echar brindis... ¡Oh! ya te hubiera gustado oír á Mad. Delfina Gay brindar con una copa en la mano: «*A la union de los hombres y las mugeres!*»

—Señor, esa Mad. Delfina por fuerza debe ser uná grandísima repu blicana.

Señor, ¿y no hubo allí quien con mucha política le diera un vapuleo á la señora Delfina, y la enviára á su casa á tomar la cuenta á la lavandera y á dar un repaso á las camisas, y lo mismo á todas las demas ciudadanas que allí habia?

—Veo, PELEGRIN, que te me vas haciendo muy incivil y sobremanera antisocial. ¡Qué diferencia de tí al famoso socialista Pierre Leroux que asistió al banquete promiscuo, y entre otras flores con que obsequió á *las* convidadas les dijo: «la muger que tiene derecho para subir al cadalso, debe tenerle tambien para ocupar la tribuna »

—Tiene razon, mi amo, porque ambos son sitios altos y elevados; y buen provecho le haga á él el primer derecho.

—Pues has de saber, PELEGRIN, que aunque en aquel banquete no hubo presidente, en señal, como hizo observar Pierre Leroux, de que se queria abolir la presidencia, reinó la mejor armonía entre *ellos y ellas*. Y cuando el dia antes los socialistas y los republicanos rojos, en el club de la calle de Richelieu, en obsequio á la fraternidad se habian tirado sillas, mesas, bancos, tinteros, y hasta la tribuna, en este banquete masculino y femenino todos estuvieron muy unidos y alegres y hasta una niña de ocho años echó su correspondiente brindis á los derechos de la muger.

—Temprano comienza la niña, mi amo; y apostaría yo algo bueno á que no sabe persignarse todavía; y no tendrá ella la culpa, sino la madre que la parió, que acaso no la habrá enseñado todavía quién es Dios, ni tampoco á hacer una vainica ni un dobladillo, y ya la ha enseñado á reclamar sus derechos. Y así, mi amo, me alegro de no haber asistido á ese banquete de *ellas* y *ellos*, porque fácilmente se me hubiera ido la lengua, y á *ellas* les hubiera dicho que mejor estuvieran en su casita meneando la aguja y cuidando de la hacienda y de los niños, si los tienen, y á *ellos* les hubiera dicho..... Señor, yo no sé lo que hubiera dicho, aunque regularmente no hubiera dicho nada por miedo de que me peláran las mugeres, que esas socialistas tengo para mí que han de ser muy abonadas para pelar á los hombres que las nieguen sus derechos.

—No sabes lo que te pescas, PELEGRIN. Tu estrañas que las mugeres asistan á reuniones y tomen parte en cosas que son propias solo de hombres. Pero has de saber que en Francia se están cambiando los sexos, y que *ellas* se van volviendo *ellos*, y *ellos* se van volviendo *ellas*.

—Señor, no entiendo ese cambio de sexos, y espíquese vd., porque eso debe ser curioso.

—Has de saber, PELEGRIN, que mientras las mugeres se meten á oradoras patrióticas, el hermano Cavaignac, con todas sus barbas y aparejos, ha pedido muy formalmente á la Asamblea que le conceda una sesion de *dimes* y *diretes*, una sesion destinada puramente á chismografía y á la crónica escandalosa, diciendo que está cansado de oír los chismes y perrerías que se dicen de él, y que ya no puede aguantar mas, y que sabiendo que los cuenteros son algunos de los representantes y de sus mismos antiguos compañeros de gobierno, quiere tener un caréo con ellos allí en pública Asamblea; á lo cual los ciudadanos Garnier Pagés y Duclerc, que son dos de los aludidos, han contestado que por su parte están corrientes, y que tirará el diablo de la manta y se descubrirá el pastel. De manera, PELEGRIN, que tendremos en toda una Asamblea de la República francesa una sesion destinada á que riñan las comadres y se descubran las verdades. Y de este modo verá el mundo á los gobernantes y representantes de la nacion que marcha á la cabeza de la civilizacion europea, convertidos en mugerzuelas y enfrascados en una discusion de *dimes* y *diretes*.

—Señor, ya no doy mi voto á Cavaignac, aunque tenga mas

religion que todos los santos padres, que no puede tenerla sino muy femenina, quien ocupa á toda una Asamblea con chismes de su propia persona, y lo que estraño es que los representantes hayan dado licencia para convertir el santuario de las leyes en reñidero de gallos. Y asi, mi amo, digo de *ellos* lo mismo que dije de *ellas*, y buena anda la Francia cuando las mugeres se meten á hombres, y los hombres se vuelven mugeres. Y no digo mas sino que Dios me dé mugeres que sean mugeres, y hombres que sean hombres, y cada sexo en su lugar, y esta es la verdadera civilizacion.

---

### EL GEFÉ SUPERIOR DE POLICÍA Y FR. GERUNDIO.

---

*Gobierno superior de policia de la provincia de Madrid.*—Con la debida anticipacion me remitirá V. (1) diariamente dos ejemplares del periódico que publica correspondiente á la edicion de provincia (2).—Dios guarde á V. muchos años. Madrid 28 de noviembre de 1848.—*José Enciso.*—Sr. Editor responsable del periódico Fr. Gerundio.

CONTESTACION GERUNDIANA.—EXCMO. Sr. —Con la debida anticipacion, como siempre lo he hecho, me sirvo remitir á V. E. dos ejemplares del periódico que publico para Madrid y provincias. Pero siento tener que remitir á V. E. otros dos ejemplares *diariamente*, segun me previene en su oficio del 28, lo que equivale á 30 ejemplares ó sea 120 pliegos por cada número, puesto que, como V. E. deberá saber, solo publico el periódico cada 15 dias. Y no lo siento, Excmo. Sr., por la falta que estos ejemplares puedan hacerme para servir á 30 suscritores, sino porque me temo que tantos ejemplares de una misma cosa lleguen á hastiar á V. E. por mucha aficion que tenga al periódico. Además, si V. E. gusta, podré remitirle los 30 ejemplares de una vez, para no molestar *diariamente* á TIRABEQUE. No obstante, estoy dispuesto á hacerlo como V. E. lo ordene y mande.—Dios guarde á V. E. muchos años Celda gerundiana y noviembre 30 de 1848.—*Fr. Gerundio.*—Excmo. Sr. Gefé superior de policia de la provincia.

---

(1) O mejor dicho: «se servirá V. remitirme,» porque la *policia* no deberá estar reñida con la *política*. (Nota gerundiana).

(2) O mejor dicho: «Dos ejemplares de la edicion de provincias del periódico que publica.» Porque yo no tengo ningun periódico *correspondiente á la edicion de provincia*: antes bien en un caso la edicion de provincias sería la *correspondiente al periódico*. (Otra nota gerundiana).